

INAUGURACION DE LA IV FERIA DEL LIBRO USADO  
PALABRAS DE DON MARIO ARNELLO ROMO  
EN REPRESENTACION DE LA JUNTA DIRECTIVA DE LA UNIVERSIDAD MAYOR

En representación de ~~la Junta~~ Directiva de la Universidad Mayor -y, por cierto, con una adhesión muy personal y profunda-, quiero dejar testimonio de nuestro apoyo entusiasta a esta siempre creciente y cada vez más significativa Feria del Libro Usado.

En esta ocasión, al valor intrínseco de esta Feria, la Universidad Mayor y la Asociación de Libreros Anticuarios, desearon añadir un merecido homenaje a cuatro grandes valores de nuestras letras y de nuestra literatura: Francisco Coloane, Luis Merino Reyes, Gonzalo Rojas y José Donoso.

No me corresponde a mí realizar este homenaje, ni repetir el que ya se les ha tributado. Me hago parte de él y lo reitero.

Yo quiero sólo transmitirles algunas apreciaciones y experiencias, de una vida que ya comienza -así lo espero- a ser larga, para rendir mi personal homenaje al libro usado.

Todos quienes amamos a los libros, a la forma ordenada de sus páginas, al misterio y al hallazgo de su contenido, al mensaje y a la voz cultural que nos ofrecen, debiéramos ampliar y profundizar ese amor en el libro usado.

El libro, en su esencia, es expresión superior de la cultura. En rigor, la cultura de los hombres se expandió y multiplicó sideralmente en las páginas de los libros impresos. Pues bien, a este milagro cultural del libro, ancho cauce expandido en todas las lenguas y a todas las culturas del orbe, el libro usado le añade sal y vida nueva.

En efecto, el libro usado es, más que el libro nuevo, una dimensión de la vida del hombre.

El libro nuevo contiene las ideas, los pensamientos, la reflexión de su autor; y, aún, en algunos casos, llega a ser expresión de una cultura o de un tiempo de esa cultura. En su texto y sus páginas se expresa el afán, el impulso, la intención de transmitir y, a veces, de trascender de su autor. Aún, puede llegarnos el sentimiento, la

expresión de un concepto de belleza, un descubrimiento o un hallazgo de la poesía. Y ahí está, impoluto, guardado en su textura incólume.

Pero el libro usado ya es la vida misma, acumulada a la del autor la de algún lector o de muchos hombres. En las páginas ya abiertas se asoma la vida real.

Cuando lo recojemos de un mesón o estantería, sentimos que el libro ha vivido el tiempo efectivo de su propia vida. No sólo la que ha hecho o narrado su autor, sino la que le han añadido -tantas veces con rayados y anotaciones-, otros hombres, a través del tiempo real en que lo han leído, lo han valorado, o lo han controvertido.

En la ya extensa experiencia vivida entre libros, no sólo nuevos, sino tantas veces más, entre libros usados, quisiera dejarles esta tarde, siquiera, alguna anécdota que pudiera ser sujerente:

En mis años de alumno del Instituto Nacional, miembro de su Academia literaria, tuve el privilegio de ser el primer lector de un libro nuevo, recién publicado y recién incorporado a su excelente Biblioteca, llamado "Cabo de Hornos"; su autor -para mí, un hombre joven, apasionado, solitario y vigoroso- Francisco Coloane. Sin duda, fué una impresión imborrable. La geografía ignota pesaba en mi conciencia y me imponía un deber angustioso, impostergable. Los hombres atados a esa geografía y a esos elementos desbordados, atraían mi espíritu y mi ambición vital de superación y de enfrentamiento o desafíos.

Años después, una y otra vez, llegué a esas latitudes. Las sobre volé, las navegué, caminé en sus islas, resistí sus vientos, su lluvia y su nieve... conocí a su gente y más de una vez calé el hielo mortal de sus aguas y su frío. Todo de una fuerza y una belleza tan honda como lo era también la sensación de una tristeza infinita.

Hace sólo seis o siete años atrás, en Puerto Williams, mientras organizábamos una exposición en homenaje a Martín Gusinde y a sus obras sobre los onas y los yámanas, que realizamos en la Biblioteca Nacional, pude encontrar en la Biblioteca pública el libro "Cabo de Hornos". Ajado, abierto, casi descuajeringado, gastadas sus páginas y sobadas por tantos lectores. Pero, entonces, descubrí manchas, pequeñas

y redondeadas, como de lágrimas, en algunas de esas páginas. Y comencé a conocer más y mejor -en ese libro tan usado-, lo que había leído tantos años antes, siendo un niño con mi imaginación hambrienta.

Para completar la anécdota, les diré, que invitamos a las últimas yámanas que viven en Ukika, a venir a Santiago y a conocer esa exposición que hacíamos en la Biblioteca en homenaje también a su cultura ancestral. Allí, una de ellas me dijo cuanto le molestaba el ruido y la mugre de Santiago, y como echaba de menos -y me lo dijo en su lengua-, el .."ushuuu"..; ese viento que se lleva el alma del hombre hacia las enormes distancias del extremo austral.

Volvamos a esta Feria, en este rincón del Santiago señorial, que lucha por sobrevivir y perdurar ante los desafíos de los tiempos, de la premura y de las multitudes.

Confiamos que lleguen aquí miles de compatriotas a buscar en los libros usados un camino de cultura y, ojalá, de sensibilidad para captar el sentimiento y la vida incorporada al libro.

Los cuatro escritores a los que hoy día rendimos homenaje, pueden con sus nombres y presencia ayudarnos a convocar a muchos chilenos a esta fiesta.

Santiago, 5 de Febrero de 1996.